

LIBRO II.

CAPITULO I.

COMUNICACIONES CON EL ANTIGUO MUNDO.

Configuración actual de los continentes.—Corrientes marinas.—Unidad de la raza americana.—Los patagones.—Raza hiperbórea: los esquimales.—Comunicaciones con el Asia.—Negros en América.—Comunicación con las islas.—Idiomas.—Unidad y pluralidad de las lenguas americanas.—Lengua nahua.—Lenguas de la Polinesia.—Civilización.—Ofolatria.—El phallus.—El budohismo en América.—El Fou-Sang.

LA ciencia admite que hubo puentes de comunicación entre el Antiguo y el Nuevo Mundo; esos puentes se rompieron en época remota é ignorada, quedando separados los continentes, perdida la memoria de su antiguo trato. Busquemos si queda algún rastro ó recuerdo de comunicaciones posteriores, algunas de las cuales hayan podido influir en la civilización americana.

Poniendo los ojos en un Mapamundi, advertiremos que lo llamado Viejo Mundo es una reunión de tierras en que se encuentran Europa, Africa y Asia; la América queda sola, separada del otro continente por inmensos mares. El Nuevo Mundo se ensancha hácia el N., y en sus más altas latitudes se aproxima á Europa por la costa oriental, al Asia por la occidental, corre despues prolongándose al Sur, se estrecha en Panamá, aumenta de nuevo asumiendo una forma triangular cuyo vértice inferior es el

cabo de Hornos. Es el aspecto actual: no podemos afirmar que siempre idéntico en el pasado, que será el mismo en lo futuro.

“América se aproxima al antiguo continente á ménos de 600 leguas marinas de 20 al grado ecuatorial, por tres puntos: entre Escocia ó Noruega y la Groenlandia oriental; entre el cabo NO. de Islanda y las costas del Labrador; entre el Africa y el Brasil. La primera distancia es casi la mitad de las otras dos. El canal del Atlántico entre cabo Wrath en Escocia y Knightonbay (lat. 69° 15') al S. de Scoresby Sound en la Groenlandia oriental, tiene sólo 270 leguas de amplitud, encontrándose la Islanda intermedia en esta travesía: es la distancia del Havre á Varsovia. De Stadthland (62° 7') en Noruega, el mismo punto de la Groenlandia oriental, se cuentan 280 leguas marinas. La línea longitudinal del Atlántico que separa las dos grandes masas continentales, al presentar ángulos entrantes y salientes correspondientes, al ménos entre 75° N. y 30° S., se ensancha hácia el paralelo de España ó del cabo Finisterre en Terra Nova, donde mide 617 leguas marinas. Se estrecha segunda vez cerca del Ecuador, entre Africa (costa de cabo Boxo cerca del banco de Bissagos y Sierra Leona) y el cabo de San Roque. La distancia de continente á continente en dirección NE-SO., sobre la cual se encuentran los islotes y los escollos de las Roseas, Fernando Noronha, Pinedo de San Pedro y French Shoal, es de 510 leguas, suponiendo el cabo de Sierra Leona con el capitán Sabine en long. 15° 39' 24", y el cabo de San Roque en long. 37° 37' 26" segun el almirante Roussin y el hábil observador M. Giry. El punto más próximo de Africa es probablemente la punta Toiro, cerca del pueblo de Bom-Jesus (lat. S. 5° 7') mientras el saliente más oriental de América es de 2° ó 3° más al S., entre Rio Parahy lado Norte, y la rada de Pernambuco. La anchura del Atlántico entre Sierra Leona y el Brasil, es como la distancia entre el Havre y Moscou, ó mejor á Tenoslau en Rusia. Las travesías tan conocidas del Mediterráneo nos suministran comparaciones más fáciles de ser entendidas: hay de Escocia á la Groenlandia oriental (minimum de distancia), como de Gibraltar al cabo Bon; de Africa al Brasil, como de Gibraltar á Bengasi y á las costas de la Cirenaica.” (1)

(1) Humboldt, Hist. de la géographie du Nouveau Continent, Tom. II, pág. 51.

Determina la posición de las tierras, que las costas orientales de América, den frente á las occidentales de Europa y Africa, entre las cuales se extiende el Océano Atlántico; las costas occidentales de América, miran á las orientales de Asia, quedando intermedio entre ambas, el Océano Pacífico. "La extensión del Nuevo Continente, es inmensa en la parte boreal, dice Humboldt, (1) sobre todo más allá de los 60° lat., en que el máximo de amplitud continental de E. á O., del cabo del Príncipe de Galles á la tierra de Edam, ó si se prefiere un punto determinado con mayor precisión astronómica, por el capitán Sabine, á Roseneath-Inlet en la Groenlandia oriental, es de 254° $\frac{1}{4}$ ó de 148° 20'. En aquella altura los dos mundos se aproximan tanto hácia el E. de Asia, que sólo los separa un estrecho de 17 $\frac{1}{2}$ leguas marinas de amplitud, (2) y los Tchoukches de Asia, no obstante su odio inveterado contra los esquimales del golfo de Kotzebue, pasan algunas veces á las costas americanas."

"Cuando se considera atentamente la configuración extraordinaria del Asia, y esa cadena de islas que, casi sin interrupción, se prolonga de la península de Kamtchatka por las Kouriles, Yeso, el Japon, las Lieou-Kieou (Loo Choo), Formose, las Bachis y las Babuyanes á las Filipinas, de los 20° á los 52° lat., se concibe cómo ese largo reguero de islas, de tamaños diversos, que forman con el litoral del continente diversamente articulado, cuatro *Mediterráneos de muchas salidas*, (los mares de Okhotsk, de Taraikái, del Japon y de la China,) debió excitar á los pueblos del continente, á formar relaciones comerciales, de colonización y de propaganda religiosa, con los habitantes de las islas contrapuestas. Los profundos estudios en estos últimos tiempos de Abel Remusat, Klaproth y Siebold, acerca de la historia del Japon, de la China y de Corea, prueban la influencia que sus re-

(1) Loco cit. pág. 58.

(2) Según las observaciones practicadas durante la expedición del Blossom (Beechey, tom. II. pág. 673,) la amplitud del estrecho de Behring está determinada por la posición del cabo Est en Asia, lat. 66° 3' 10," longitud de París, 172° 4' 14" y por la del cabo del Príncipe de Galles en América, lat. 65° 33' 30," long. 180° 19' 34." La distancia entre ambos cabos, es por consecuencia, calculando en el supuesto de ser la tierra esférica, de 52' 9," 2, solamente. Cook creía que la amplitud del estrecho era de sólo cuarenta y cuatro millas. Casi al medio del canal, se encuentran las islas de San Diomedes (islas de Kausentern, Ratmanoff y Fairway-Rock.)

laciones ejercieron en los progresos de la civilización, y en la extensión del budhismo." (1)

Para nuestro objeto, deben tenerse en cuenta las corrientes máximas. Una de ellas, atravesando el Océano Indico, dobla el cabo de Buena Esperanza, sigue las costas occidentales de Africa; del litoral de Angola toma al N. E., á través del Atlántico, hasta el cabo de San Roque en América, donde se bifurca en dos ramales: el septentrional entra en el Golfo de México, se transforma en corriente cálida, pasa cerca de la Florida, sigue hasta las costas de Groenlandia, y al litoral de Europa. Independientemente del viento, que siendo propicio, puede acelerar la marcha en proporción á su ímpetu, se calcula que sola la corriente ecuatorial, hace caminar una embarcación á razón de quince leguas diarias, mientras la del Golfo arrastra con doble velocidad. "La corriente del Golfo, llevó una vez hasta la costa de Escocia, los despojos de un buque de guerra, inglés, que fué destruido por un incendio en las cercanías de Francia. Cerca del cabo López, en la costa occidental de Africa, naufragó otro buque inglés, y la corriente ecuatorial llevó hácia el E., al Golfo de México, y luego la del Golfo hácia Escocia, unos barriles de aceite, que formaban parte del cargamento. Las aguas de Groenlandia, llevaron cierto día á las costas de Tenerife, una botella arrojada al mar, á algunas leguas de distancia de la punta meridional de Groenlandia." Las corrientes combinadas con los vientos constantes pueden traer embarcaciones de la Océanía, á las costas del Perú y de la California: nuestros abuelos, para encontrar, como decían, *la vuelta del Poniente* y traer el galeón de Filipinas, tenían que entrar en la región de los vientos constantes, lo que indefectiblemente los conducía á las costas de California.

Ocupémonos primero de la raza americana. Sería un error adoptar las palabras de Ulloa: "quien ha visto á un indio, los ha visto á todos." Humboldt (2) dice á este propósito: "Los indios de Nueva España, en general, se parecen á los del Canadá y la Florida, el Perú y el Brasil, en el color oscuro y cobrizo, los cabellos lacios y lisos, poca barba, cuerpo cargado, ojo prolonga-

(1) Humboldt, Hist. de la Géographie, tom. II, pág. 59.

(2) Essai politique, tomo I, pág. 82.

do con el extremo inclinado á las sienas, pómulos salientes, labios gruesos, y la dulce expresion de la boca, contrastando con la mirada sombría y severa. Fuera de la hiperbórea, la raza americana es la ménos numerosa, aunque ocupando el mayor espacio en el globo. En millon y medio de leguas cuadradas, desde las islas de la Tierra del fuego, el rio de San Lorenzo y el estrecho de Behring, sorprende á primera vista la semejanza de las facciones de los habitantes, se cree reconocer que todos descienden del mismo tronco, á pesar de la inmensa diferencia que los separa por los idiomas. Sin embargo, reflexionando atentamente en aquel aire de familia, se descubre, al vivir mucho tiempo entre los indígenas de América, que los viajeros célebres observando sólo á algunos individuos en las costas, exageraron singularmente la analogía de formas de las razas americanas.

“El cultivo intelectual, contribuye mucho á diversificar la fisonomía propia de los pueblos bárbaros, en la tribu y en la horda, más no en los individuos. Lo mismo se observa comparando los animales domésticos con los que viven en los bosques. Al juzgar los europeos acerca de la semejanza de las razas de piel muy oscura, están sujetos también á una ilusión particular: se preocupan con el tinte tan diverso del nuestro, y la semejanza del colorido, hace desaparecer á sus ojos la diferencia de las facciones individuales: el nuevo colono, tiene dificultad en reconocer á los indígenas, porque se fija ménos en la expresion dulce, melancólica ó feroz del rostro, que en el color rojo cobrizo, y en los cabellos negros, lustrosos, gruesos y de tal manera lacios, que se les creería constantemente, mojados.”

“En el retrato trazado por el excelente observador M. Volney, de los indios del Canadá, se reconoce indudablemente á los pueblos esparcidos por las praderas de los rios Apure y Carony. Existe el mismo tipo en ambas Américas; pero los europeos que han navegado en los grandes rios Orinoco y Amazonas, y quienes han tenido motivo de ver un gran número de tribus sometidas al gobierno monástico de las misiones, habrán observado que la raza americana presenta algunos pueblos tan esencialmente diversos entre sí por las facciones, como las numerosas variedades de la raza del Cáucaso, los circasianos, moros y persas. La forma elevada de los patagones habitantes del extremo austral del nuevo continente, se encuentra, por decirlo así, en los cari-

bés habitantes de las llanuras desde el Delta del Orinoco hasta las fuentes del rio Blanco; pero qué enorme diferencia en la talla, la fisonomía y la constitucion física de los caribes, (pueblos sin duda de los más robustos de la tierra, que no deben confundirse con los degenerados *zambos*, llamados un tiempo caribes en la isla de San Vicente,) y los cuerpos pesados de los indios chaymas de la provincia de Cumáná: cuánto no difieren entre sí los indios de Tlaxcala y los lipanes y chichimecos de la parte septentrional de México.”

El mismo Humboldt nos dice en otro lugar. (1)—“Las naciones de América, excepto las vecinas al círculo polar, forman una sola raza caracterizada por la confirmacion del cráneo, el color de la piel, rareza extremada de barbas y los cabellos lacios y lisos. La raza americana tiene relaciones muy sensibles con los pueblos mongoles en que se cuentan los descendientes de los Hiong-nu, conocidos un tiempo bajo el nombre de hunos, los kalkas, los kalmukos y los burattes. Prueban las observaciones recientes, que no sólo los habitantes de Unalaska, sino tambien muchos pueblos de la América meridional, indican por los caracteres osteológicos de la cabeza, un paso de la raza americana á la mongola. Cuando hayan sido mejor estudiados los hombres oscuros del Africa, y el enjambre de los pueblos habitantes del interior y del N. E. de Asia, designados vagamente por viajeros sistemáticos bajo los nombres de tártaros y tshudes, aparecerán ménos aisladas las razas caucásica, mongola, americana, malaya y negra, y se reconocerá en esta gran familia del género humano, un sólo tipo orgánico, modificado por circunstancias, que tal vez quedarán por siempre desconocidas.”

“Aunque los pueblos indígenas del nuevo continente estén unidos por relaciones íntimas, ofrecen en sus facciones móviles, el tinte más ó ménos oscuro y la altura del cuerpo, diferencias tan notables como los árabes, los persas y los slavos, todos ellos de la raza caucásica. Las hordas que recorren las ardientes llanuras de las regiones equinociales no tienen, sin embargo, la piel más oscura que los montañeses ó los habitantes de las zonas templadas, sea porque en la especie humana, así como en los animales, haya cierta época de la vida orgánica más allá de la cual

(1) Vues des Cordillères, tom. 1, pág. 21.

es casi nula la influencia del clima y del alimento, sea porque la desviación del tipo primitivo no se hace sentir sino después de una larga serie de siglos. También es verdad, que todo concurre á probar que los americanos, lo mismo que los pueblos de raza mongola, tienen menor flexibilidad de organización que las demás naciones de Asia y Europa."

Por último, el doctor americano Morton, en su *Crania* asienta: —"A pesar de estas analogías, no se puede desconocer que existen entre ellos diferencias tan marcadas como inexplicables, siendo una de ellas el tinte de la piel, que por la influencia del aire y de la luz varía de una manera singular desde el color ordinario hasta el pardo oscuro, sin poder atribuirse semejante variación tan solo al clima. Sin embargo, estas son excepciones á las reglas generales, que en nada alteran la conformación física especial de estos hombres. El americano nunca deja de serlo, y el caribe de formas atléticas, el raquíptico chayma, el bronceado habitante de California y el borroa de blanca tez, siempre pertenecen á la misma raza, á pesar de sus diferencias."

La unidad de la raza americana no debe tomarse en un sentido absoluto. Ahora tiene establecido la ciencia, que si es una verdad este principio, quiebran la regla general algunas notables modificaciones, provenientes por el clima, la alimentación, el género de vida, las costumbres &c., así como también, aunque en escala menor, los contactos que pueda haber habido con pueblos extraños por medio de comunicaciones casuales. La más importante de las diferencias consiste en dos formas de cráneos revelando dos razas distintas, una más inteligente que otra, distinguiéndose una muy antigua, tal vez primitiva, casi idéntica por las condiciones osteológicas de la cabeza á la raza habitadora de Europa en los tiempos prehistóricos. La observación tiene en cuenta las diformaciones artificiales que algunos pueblos americanos hacían sufrir á la cabeza de los niños, como la que se observa en los cráneos de las antiguas momias del Perú, con tantas analogías de forma con los relieves del Palenque.

La unidad de la raza americana es consecuencia forzosa de los hechos. Mientras existieron los puentes de comunicación entre los continentes, los pueblos pudieron mezclarse y modificarse; pero rotas las comunicaciones, la raza americana quedó aislada, tomó en todas sus ramas el mismo aire de familia, y las diferen-

cias sólo pudieron ser obra del tiempo y de las condiciones biológicas.

La raza americana, conocida bajo el nombre genérico de indios, en la clasificación humana recibe la denominación de *Raza roja*. Tal denominación es defectuosa bajo el punto de vista etnográfico, supuesto que muchos de los pueblos colocados en este grupo nada tienen de rojo en el color. "Los indios de América se aproximan á la raza amarilla, propia de Asia, por los cabellos, generalmente negros, gruesos y lacios, la poca barba y el tinte que varía del amarillo al rojo cobrizo. Parte de ellos, por la nariz saliente y los ojos grandes y rasgados recuerdan la raza blanca. La frente es muy deprimida; pero ninguna otra raza tiene la parte posterior del cráneo más voluminosa, ni las órbitas mayores." (1)

Dirémos ahora algunas palabras respecto de ciertos pueblos de América. Los antiguos creían en los gigantes, y por contraposición los griegos inventaron los pigmeos, entretenidos en pelear contra las grullas. Durante el siglo XVI los gigantes volvieron á estar de moda, y entonces se suponía que de ellos había una nación entera en el nuevo continente. Hé aquí el origen de aquella creencia. Relatando Pigaffetta, compañero de Magallanes, el descubrimiento del estrecho de este nombre, asegura que un habitante de aquella costa pasó á bordo, y "que su corpulencia y "estatura eran tales, que sin violencia le apropiaban el distintivo de gigante: la cabeza de uno de nuestros medianos hombres "no le llegaba más que á la cintura, y era grueso á proporcion." Thomas Cavendish (1586) vió á los naturales de lejos y juzgando por la huella del pié, 18 pulgadas de largo, atribuyó á los hombres 8½ codos de altura; por esto puso al país Patagonia y á los indígenas *patagones*. El almirante Van Noort (1598) por relación de un muchacho, asegura que el país estaba habitado por cuatro naciones, tres de talla común, la otra de 10 á 12 piés de altura. El capitán holandés Sebaldo de Weert (1598) vió en el estrecho siete canoas, con salvajes de 10 á 11 piés de alto. El almirante Spilbergen (1614) guiado por la vista de un individuo observado en la costa, juzga que era mayor que los naturales mencionados por Pigaffetta. El capitán Shelvock (1719) asegura—"Que la ma-

(1) Les Races humaines, par Louis Figuier. Paris, 1872. Pág. 465.